

Singular anécdota de este gran ingenio es la de haber salvado la vida de un delincuente a quien defendía como abogado —título que tampoco le correspondía— a punto de ser ya condenado a muerte, diciendo un chiste que provocó la hilaridad del respetable tribunal. ¡Dime si no hay que ser simpático para vencer con la gracia la inflexibilidad de la Justicia!

*El Diablo Cojuelo*, más que una novela picaresca, es una sátira social, cuyos antecedentes pueden hallarse en *Los sueños* de Quevedo y *Los antojos de larga vista* de Fernández de Ribera. En ella nos presenta su autor al estudiante madrileño don Cleofás Pérez Zambullo; que al huir por los tejados para esquivar la persecución de corchetes y alguaciles, entra en la buhardilla de un astrólogo, liberando a un diablillo —el Diablo Cojuelo de una vieja tradición folklórica española— a quien aquél tenía encerrado en una redoma. El diablejo, agradecido, lleva a don Cleofás volando hasta el capitel de la torre de San Salvador —«la mayor atalaya de Madrid»—, desde la cual, levantando por arte infernal los tejados, le muestra la verdadera vida de la Corte,

ofreciéndole escenas en las que —como en cualquiera de esas novelas de las que algunos juzgan la más moderna manera de novelar— resaltan la pobreza y la ridiculez humanas, en una crítica burlona y mordaz de bello estilo.

Cada uno de los capítulos —que Vélez de Guevara llama «trancos», aludiendo al andar cojitranco del diablo— sabe a cosa distinta de los demás. Son cuadros diferentes e independientes, sin otro nexo entre ellos que la intervención o la presencia de los dos héroes de la novela. ¡Otra «novedad» recién descubierta por algunos!

De *El Diablo Cojuelo* podría hacerse una maravillosa película, si en nuestro cine hubiera guionistas, productores o directores capaces de prescindir de las imitaciones de lo extranjero. Una película que, en cualquier Bienal cinematográfica, demostraría la verdad del *Nihil novum sub solem*, ya que todos los realismos, neo-realismos y superrealismos tan cacareados en nuestra época, eran conocidos hace trescientos años por nuestros clásicos.

Un cariñoso saludo de

T. C.

